



P. ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS

NOTAS DE FILOSOFIA

LA CIUDAD Y EL HOMBRE RESPONSABILIDAD DEL ARQUITECTO

Las notas publicadas en esta misma Revista por el arquitecto don Julio Cano Lasso acerca del fallo del concurso internacional convocado por la Sociedad del Kursaal, de San Sebastián, me sugieren unas consideraciones en torno a la influencia decisiva que, de un modo expreso y tácito, ejerce el entorno sobre el hombre. Circunstancia extraordinariamente grave que confiere a la labor de los arquitectos y urbanistas un carácter de gran trascendencia.

Al convivir unos días con las gentes de ciudades eminentemente artísticas como Salamanca, Florencia o Venecia, yo he pensado siempre que la coordinación íntima del hombre en un entorno noble tiene por fuerza que moldear su estilo de vivir e, incluso, en cierto grado, el de pensar. Porque el hombre es un ser mucho menos autónomo de lo que estamos inclinados a suponer, y su personalidad es la resultante orgánica de múltiples factores, entre los cuales no el último lugar corresponde, sin duda alguna, al entorno (urbano o campestre). Conviene no olvidar que la vida consciente de la que el hombre se hace

cargo en cada momento y puede, hasta cierto punto, disponer es tan sólo *un* estrato del complejo ser humano. En una región más *profunda*—no en sentido jerárquico, sino de aproximación a lo no consciente—se halla el plano de lo que podemos llamar en general "inconsciente", y cuya importancia decisiva en las motivaciones humanas se cuidó la época actual de sacar a plena luz con todo vigor, tal vez incluso con violencia excesiva.

Lo que queda de esta campaña en torno a la llamada psicología profunda es que no se puede en modo alguno ignorar el papel que desempeñan en el hombre sus fuerzas primigenias, profundas, que, por ocultas, son en gran parte indómitas e indomables. Se han criticado muy severamente, y con razón, las concepciones que defiende la llamada *Ética de Situación*, según la cual el hombre no está sometido a normas eternas, sino a la presión constante y constantemente renovada de la *situación*. Late aquí, irreflexivamente, un equívoco, porque la situación, si es verdaderamente humana, debe ser profunda, y, en tal caso, desborda necesariamente el ámbito cerrado del aquí y el ahora. Sin embargo, hay en esta

posición extremada un elemento reivindicador que es justo apreciar: me refiero a la importancia de la presión que ejerce el medio sobre las acciones del hombre, que, al ser un espíritu encarnado, se cumple en diálogo con los hombres y las cosas del entorno. Vinculación que mitiga nuestra tendencia al desarraigo y humilla nuestras inveteradas pretensiones de angelismo. El hombre debe saberse rey de la Naturaleza por el poder de su espíritu, que sabe liberarse de las trabas de lo sensible-concreto, para ahondar en las grandes leyes que rigen los acontecimientos individuales y en las realidades profundas que dan sentido al vivir de cada día. Los genios son precisamente las mentes que abarcan mucho campo y abren rutas inexploradas al trabajo cotidiano de generaciones y épocas enteras. Pero, un día y otro, la Ciencia más reciente ha ido descubriendo al hombre atónito los mil lazos ocultos que lo unen ineludiblemente al seno nutricional de la tierra, que lo amamanta con sus múltiples impresiones y le ofrece un ámbito en que desplegar sus posibilidades.

EL HOMBRE Y SU DEPENDENCIA DEL ENTORNO

En medio del desierto africano el héroe de *Terre des hommes*, de Antoine de Saint-Exupéry, se siente morir de sed y exclama: "Adiós vosotros a quien amaba. No es culpa mía si el cuerpo humano no puede resistir tres días sin beber. Yo no me creía tan prisionero de las fuentes. No sospechaba que era tan corta mi autonomía. Se cree que el hombre puede ir derecho delante de sí. Se cree que el hombre es libre... No se ve la cuerda que lo ata a los pozos, que lo vincula, como un cordón umbilical, al vientre de la tierra. Si da un paso de más, perece" (1).

Pero no sólo en el aspecto fisiológico la dependencia del hombre respecto al medio es patente. También lo es en el biológico y en el espiritual. Respecto a las fuerzas ocultas de la sangre en el reino animal, del que, a su modo, participa también el hombre, ha escrito este autor páginas muy bellas. ¿Qué le sucede a las gacelas cuando se abaten una y otra vez contra la empalizada con una especie de deseo inconsciente de las amplias llanuras que nunca han conocido? "¿Es la estación de los amores o el simple deseo de un gran galope hasta perder el aliento? Ellas lo ignoran. Sus ojos no estaban todavía abiertos cuando se las ha capturado. Ignoran lo que es la libertad en la arena y el olor del macho. Pero vosotros sois más inteligentes que ellas. Lo que ellas buscan, vosotros lo sabéis, es la extensión que las plenificará. Ellas quieren ser gacelas y danzar su danza" (2).

En el plano espiritual, la necesidad inconsciente de lograr el necesario despliegue hace brotar ese enigmático fenómeno que es la *nostalgia*. Nostalgia—se

dice—es el deseo de lo que no se tiene. Nostalgia es, a mi entender, el sentimiento de los mil vínculos secretos y plenificantes que claman en el hombre por tomar cuerpo. Por eso es positiva y constructiva la nostalgia frente al carácter disolvente de la desesperación.

Todo hombre, por poco dotado que esté, lleva en su ser inaplazables exigencias de amor, de belleza y de bien. Este es el alimento del espíritu, y cuantas formas de nostalgia ha sentido el hombre y reflejado el Arte y la mejor Literatura no son sino variaciones de estos tres temas fundamentales.

Ahora bien: desde su primer apertura real a la vida del entorno, al término del primer año de existencia—año que no rebasa, como sabemos, las condiciones de la forma de vida fetal—, el ser humano está recogiendo ávidamente, aunque de modo inconsciente, cuanto de bien, belleza y amor le ofrece el mundo. El niño tarda mucho en *razonar*, actividad que exige un alto poder de abstracción y de adaptación al medio; pero comienza en seguida a percibir, a *sentir* lo profundo por vía de expresión. El niño no sabe definir la alegría, ni que su opuesto es la tristeza. Pero un entorno alegre le esponja el espíritu, y uno triste le causa depresiones que llaman la sensible superficie de su espíritu recién estrenado.

LA CIUDAD COMO CENTRAL DE LA HUIDA

Una de las manifestaciones primarias del ansia de amor se revela en la tensión humana hacia el *diálogo*, y, consecuentemente, en el sentido de *hogar* y de ámbitos habitables que caracteriza al hombre. Insista reflexivamente sobre ello o no, todo hombre siente de modo poderoso en su espíritu el influjo del ambiente. Un entorno indiferente, hosco o abiertamente hostil provoca en el hombre movimientos de represión que pueden motivar graves trastornos psíquicos. Aquí incide un tema sugestivo respecto a la estructuración de los núcleos urbanos que quisiera anotar.

En la ciudad actual se da en mayor proporción que nunca un grave desequilibrio que confiere a la vida ciudadana un carácter marcadamente desabrido o, incluso, hostil. El hombre levanta sus hogares para *habitar*, que da idea de reposo, de vida estable, de existencia vivida a un tempo lento propicio al diálogo y al encuentro con los otros seres. Pero he aquí que las casas se hallan rodeadas por calles que fueron construidas en su mayoría a escala del mero *estar-en-movimiento*—escala, por tanto, verdaderamente humana, porque no rompe la posibilidad de intercomunicación—, pero que se han convertido en lugares de mero *tránsito* impersonal, aislante, hermético. Los hombres pasan unos junto a otros sin atender más que a las exigencias del mero pasar. Es la huida colectiva frente a las tendencias del hombre a la vida comunitaria. Las casas se convierten así en islas de convivencia en un mar de aisla-

(1) *Ob. cit.*, pág. 205. Edic. Gallimard, 1939.

(2) *Ob. cit.*, págs. 231-32.

miento. En el transeúnte que camina por la estrecha acera pegándose medrosamente a las casas laterales podemos ver un símbolo deprimente de la alienación en que ha incurrido el hombre en el medio urbano. Paradójicamente las ciudades se han convertido en lugares de paso, no de habitación, y mucho menos de co-habitación. El hombre no se encuentra en ellas "chez soi", y siente la nostalgia irreprimible por cuanto implica esa realidad entrañable y amplísima que llamamos "hogar", lugar donde arde el fuego de una vida reposada en amor comprensivo. Por eso conminó Max Picard a la gran ciudad con la bronca denominación de "central de la huída".

Compárese la actitud del hombre actual que se pasea por las pocas aceras que permiten en las ciudades la práctica del tradicional paseo vespertino con la de nuestros antepasados. El que hoy se pasea no ve en la calzada sino una multitud de coches que se deslizan rápidamente dejando tras de sí una nube de ruido y humo. Apenas se adivina a quienes van en ellos. El coche moderno es algo *impersonal*. Se distinguen las diferentes marcas, y unas escuetas cifras permiten dar a cada coche una precaria individualidad formalista. La riada de coches que calle arriba calle abajo pasa incesantemente entorpeciendo el tranquilo dialogar de los peatones es algo *impersonal*: una *masa*. Anteriormente, en cambio, los coches de tracción animal se movían a un ritmo más veloz que el peatón, lo cual da una cierta impresión

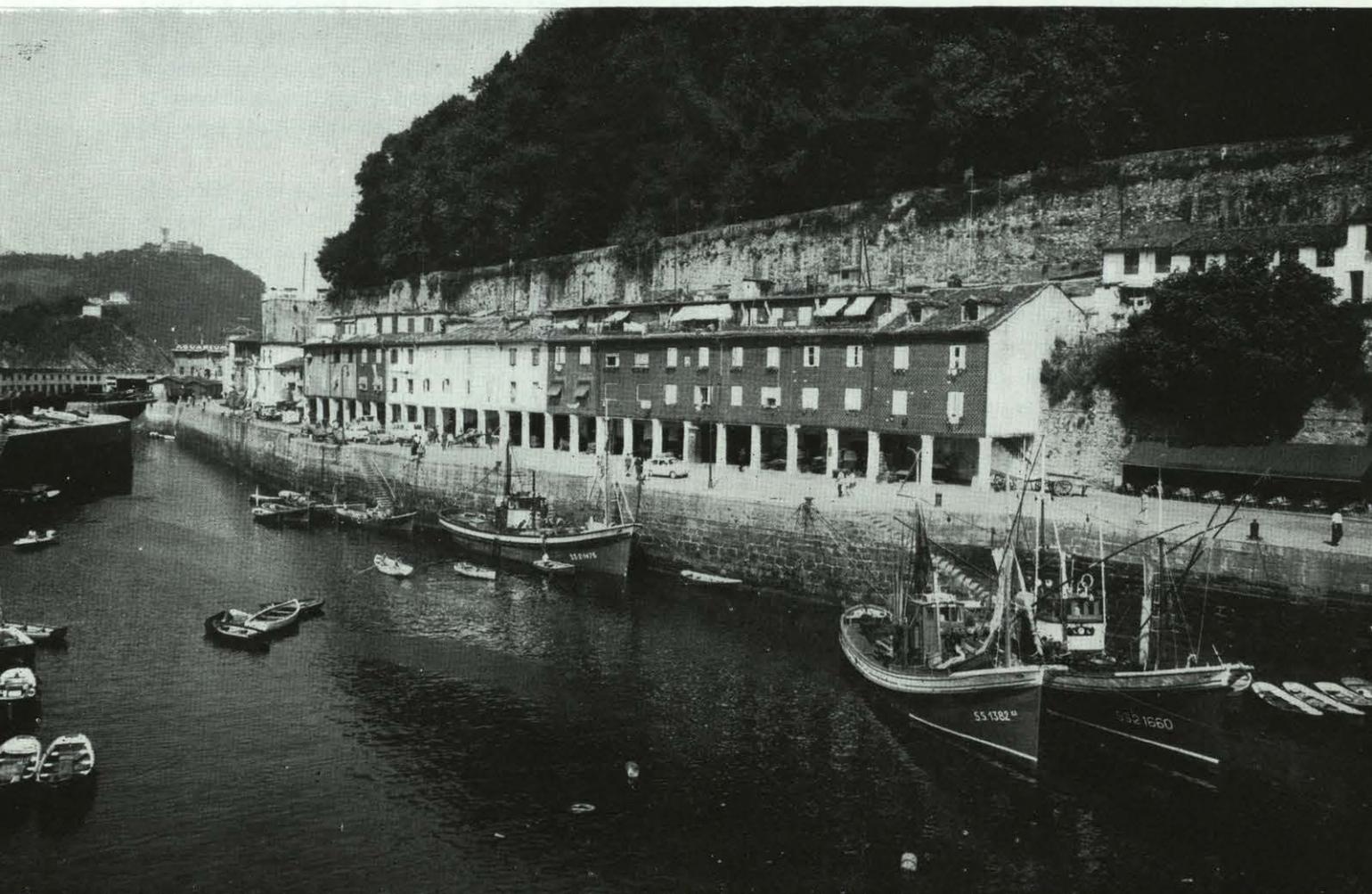
de dominio del espacio y el tiempo y, por tanto, de señorío, pero este ritmo era lo suficientemente lento para que coche y viajeros se pudiesen convertir fácilmente en objeto moroso de la mirada de los transeúntes. No se trataba tan sólo de pasar, sino de *pasear*, de *andar-con-señorío*. De modo semejante la emoción del llamado vuelo rasante radica en este caminar veloz, venciendo el espacio sin renunciar al goce de *andar*, de plegarse a las exigencias del suelo y medir las propias fuerzas con los obstáculos que el medio opone a las posibilidades humanas.

Nada extraño, pues, que el niño que crece en una ciudad *sienta* que algo falla en su entorno y que un desequilibrio radical lleva a la vida humana una vibración disonante.

LA CIUDAD Y EL DESAMPARO DE LOS NIÑOS

Esto explica por qué un biólogo español extraordinariamente perspicaz, Juan Rof Carballo, ha insistido enérgicamente en la falta de atención de la ciudad para con el niño en un interesante artículo sintomáticamente titulado "Corazón babilónico":

"No entiendo por qué, aun entre los arquitectos más avanzados, nadie todavía ha sostenido la tesis de que una ciudad moderna ha de girar alrededor de la infancia. Mas entendámonos; no basta con considerar a la niñez como 'una de las edades de la vida'; por tanto, con iguales derechos que las otras a tener 'su espacio vital'. No, el niño debe ser el



corazón de la ciudad. Por eso es tan espeluznante este novísimo Madrid dentro del que nos están amurallando, este terrible—ahora sí que es cierta la comparación de Larra—'cementerio de vivos' que nuestros urbanistas construyen. Me he preguntado muchas veces qué razón tendrá ese odio escondido de Madrid hacia sus niños. Pues sólo así se explica que al trazar un plan de urbanización nos olvidemos de ellos totalmente y que no haya nadie que proteste de esta omisión. O que, a lo sumo, se les consagre, como gran cosa, superficies ridículas, jardinillos menguados. Que, además, nos contentemos con el mínimo de instituciones pro-infancia que exige la vida de nuestro tiempo y que todavía no dispongamos del gran hospital infantil que Madrid necesita" (3). La ciudad—agrega más adelante—ha de estar de forma que permita no sólo la convivencia (eso que de manera teutona se suele llamar *la nueva formulación del sentimiento de comunidad*), sino, sobre todo, la persistencia del niño dentro del hombre. Ha de asegurarse la existencia de plazas, paseos, muelles, ribazos, caminos y parques por donde el hombre pueda *demorarse*, cambiar el ritmo de su vivir, jugar, pasear o meditar" (4).

Causa escalofrío acudir en algunas ciudades centroeuropeas a los grandes parques en días festivos. Sus largas sendas, sus rientes praderas, sus alamedas, sus ríos están desiertos, mientras por las carreteras del país serpentean cadenas sin fin de coches que parecen ir en busca de una evasión, pero que en el fondo no hacen sino huir de la verdadera vida de comunidad.

Este clima de fuga, de voluntad de desarraigo se adueña lentamente, por vía de ósmosis, del alma del niño, como una niebla espesa que lo envara. Sin duda alude a fenómenos como éste el mismo autor en estas profundas frases que, tal vez, más de un lector no ha comprendido en toda su fuerza:

"Una vez más he de solicitar que se procure entenderme correctamente. No se trata sólo de la 'influencia' que el ambiente de una gran ciudad ejerce sobre el niño. Ni de un 'modelado' del alma humana por su ambiente. No; se trata de una plena e integral 'incorporación' a las estructuras vivas del niño de una multitud de 'gestos', de 'ademanos', de 'estilos', de 'configuraciones' que están dispersas por la gran ciudad. ¡Seremos ahora capaces de comprender toda la inmensa responsabilidad de la Arquitectura! Esas líneas que traza el arquitecto urbanista, lo mismo que nuestros módulos de vivir, van a esculpir lo más entrañable de la personalidad del hombre futuro. Pensemos que los arquitectos de la época napoleónica han dado acaso más amplitud generosa, más ánima magna a las generaciones posteriores de franceses que los maestros de escuela. Aterroricémonos por unos momentos imagi-

nando que una generación de arquitectos de espíritu mezquino puede encanijar el alma colectiva" (5).

ORDEN Y ARMONIA

La gravedad de estas observaciones resalta con más vigor si consideramos la influencia del entorno en lo tocante a la exigencia humana de *belleza*.

Recordemos que la belleza está muy íntimamente unida al orden: vínculo primigenio y enigmático que explica gran parte de los fenómenos estéticos. Porque sucede que el orden es una realidad mucho más compleja de lo que sospechan épocas racionalistas, demasiado atentas al poder de la forma entendida como mera figura. Orden es el movimiento interno de los seres vivos, la armonía de los colores, la vibración de un ser en tensión creadora, la adecuación de una realidad y su entorno. Orden es el ritmo y el equilibrio, el buen hacer en todo lo profundamente humano. ¿Por qué es bello, con una belleza serena y profunda, un pequeño pueblo bien acoplado al paisaje? ¿Por qué es sedante la música mal llamada "matemática" de Juan Sebastián Bach, que hacía pensar a Goethe en el rumor misterioso del Universo en los días primeros de la Creación? ¿Por qué veía Paul Valéry en la Geometría una infinita belleza?

De hecho, el hombre todo, con su conciencia y el amplio campo del inconsciente, se nutre del orden del entorno y alimenta a base del mismo su espíritu nostálgico de belleza, y se desnuda con el desorden del mundo que lo rodea y sucumbe espiritualmente en el caos de la fealdad. En mis frecuentes contactos a lo largo de varios años con las gentes de un suburbio de una gran ciudad me ha parecido observar que su espíritu era atacado más implacablemente por la fealdad del entorno en que viven que por el hambre o la desnudez.

No sólo es, por tanto, la exigencia de diálogo lo que hace sentirse incómodo al hombre en las inhóspitas ciudades actuales, sino la falta de armonía, de auténtica belleza.

De lo dicho se deduce que resulta por fuerza reconfortante ver los móviles de sano equilibrio que han movido a los miembros del Jurado a que aludí al principio. Como sucede con las demás manifestaciones de la Cultura, la Arquitectura "pura" es nefasta para el espíritu del hombre que la habita. En los últimos siglos tuvo lugar una alocada carrera en torno a un ideal de pureza metodológica absoluta que llevó a grandes éxitos técnicos, pero puso al hombre occidental al borde del caos.

En la actualidad mentes perspicaces postulan un Humanismo más equilibrado, más sereno, más sabio en definitiva, si por sabiduría se entiende la capacidad de desbordar límites arbitrarios impuestos por la tendencia humana a dividir para vencer.

(3) Cf. *La Estafeta Literaria*, núm. 261, pág. 3.

(4) *Ibid.*

(5) *Loc. cit.*, pág. 4.